MOSÉN JACINTO VERDAGUER

DIARIO DE UN PEREGRINO

Á

TIERRA SANTA

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

CONSTANTINO LLOMBART

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
47270

VALENCIA
PASCUAL AGUILAR, EDITOR
Caballeros, 1

CAPILLA ALFONSINA

PC3941
V4
D5

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Imp. de F. Vives Mora—Lauria, 20

Mi querida madre, que esté en el cielo, era muy inclinada á leer *El Devoto Peregrino* del P. Castillo, libro que se encontraba en todos los escaños y librerías de la llanura de Vich; oyéndole yo leer algún bonito pasaje, desde su falda, sentí nacer en mí el sueño, tan halagüeño entonces como lejano, de visitar la Tierra Santa. Aproximóse aquel lejano sueño, y gracias á Dios he podido regalarme con él durante todo el Abril y Mayo del año 1886. Los recuerdos que guardo duran más que el sueño, pues creo que serán eternos. No fuí á escribir ningún libro de impresiones, como ahora es moda, por más que el presente se vea estampado, ni menos á buscar inspiraciones para ningún poema,

011103

de luz de su divino rostro; yo guardaré aquella visión, yo conservaré aquella bella ráfaga de luz en el fondo de mi alma; yo doraré con ella mis recuerdos y engalanaré mis esperanzas; yo hilaré mis postreras canciones, y tejeré mis últimos versos, y al descender á la tumba, me agarraré á esa hebra de resplandor celestial para salir de este valle de lágrimas y subir mejor á la vida perdurable.

En un artículo crítico publicado, no hace muchos días, sobre mi último libro, *Patria*, el crítico lamentándose, tal vez con razón, de que en mis últimas obras, no determino bastante los géneros literarios, pareció dolerse de que yo dejase caer demasiadas gotas de poesía religiosa en el raudal de mi poesía patriótica. ¡Ay! ¡Cómo, sin pensarlo, me honraba y me complacía con eso mi bien querido amigo! ¡Cómo le agradezco la acusación; cómo se lo agradecería todavía más si el corazón me dijese que la merezco! ¡Oh, si pudiese suavizar con el dulcísimo y adorable nombre de Dios la seca aspereza de todos mis versos! ¡Oh, si dejando aparte mi insignificancia, pudiese como otro Eliseo con un puñado de sal divina endulzar el torrente cada día más amargo y terroso de la poesía contemporánea, que descreída, sin corazón y sin alma, va dejando las alas á pedazos en el fango de la materia! ¡Quién pudiera esculpir el nom-

bre de Dios allá donde quisiera! en cada roca de orillas del mar para guiar á los navegantes; en la frente de cada sierra, como una estrella que iluminase todos los valles; en el muro de las ciudades olvidadizas y en el portal de las masías olvidadas, y en cada rincón de mundo donde se llora, frecuentemente sin consuelo, y en cada húmeda boardilla donde se sufre, y en la cuna del que nace, y en el lecho del que agoniza! ¡Quién tuviese la voz de las ondas y del trueno, para hacerla sentir á la humanidad ingrata que le olvida! si al menos pudiese escribirle en un corazón! mas ya que eso es obra de Dios, tendré yo que contentarme con escribirle en este pobre y sencillo libro, demasiado sencillo y demasiado pobre para dirigirse á la tierra donde se obró nuestra santa redención.

Son notas de viaje, desnudas de estilo y de poesía, escritas á vuela pluma y que no hubieran salido de la cartera, á no caer en las amigas manos de los Directores de *La Veu de Montserrat* y *La Ilustració Catalana*. Ellos son la causa de esta humilde publicación; sólo su pobreza, su incorrección y todos sus defectos son míos. Acepte el lector la buena voluntad, y ayúdeme á dar gracias á Dios por haber puesto este perfumado Oasis en el camino estéril de mis ideas, y sobre todo por haberme dejado besar sus huellas en la tierra. Del perfume que recogí de

ellas, y hace ya tres años, tengo aún llena el alma y espero que ha de durarme mientras dure mi existencia. Y ¡ah! si tan dulce me ha sido contemplar las sierras y los bosques, las rocas y los monumentos que, hace dos mil años, vieron á Jesucristo, mortal y hecho hombre de dolores; si me ha sido tan grato seguir sus huellas, ya medio borradas, por los caminos pedregosos y llenos de espinas de este misable destierro, ¡qué no será verle cara á cara, inmortal y glorioso, y seguirle eternamente entre los elegidos por las floridas riberas de la verdadera patria!

Enero de 1889.

DIARIO

DE UN PEREGRINO Á TIERRA SANTA

J. M. J.

En nombre de Dios y de la Virgen María, el primer día de Abril, tiempo de la gentil primavera, como diria Fray Anselmo, á las cuatro de la tarde nos embarcamos en Barcelona para Tierra Santa, hacia donde, deseoso de llegar antes que el vapor, volaba el corazón, *sumptis fidei alis,* según la frase de San Gerónimo. Así como el polo atrae á la aguja magnética, la florida pradera á las abejas sedientas de perfumes y de miel, la California atraía á los hambrientos de oro, y los grandes centros de Europa atraen á los sedientos de ciencia, vanidad y placeres, la Palestina atrae al corazón cristiano. Su aridez y desolación espantosa hacen sospechar que ya en ella posa su pie terrible

el desierto, mas aún continúa siendo la tierra de promisión deseada por el pueblo de Dios, que ya no es el linaje de Abraham, de Isaac y de Jacob, sino el pueblo cristiano, formado *ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis,* que tiene su cabeza en Roma, en medio de ese ancho Occidente, hacia donde, según tradición, estaba vuelto el buen Jesús espirando en el Calvario en la hora más solemne que ha señalado el reloj de los tiempos.

El vapor *Panay* es espacioso, de 375 pies de eslora, y en uno de sus anchos departamentos pueden alojarse bien é independientemente los doce padres capuchinos, que tuvimos la buena suerte de encontrar. Van destinados por el Gobierno español á las Carolinas, siendo los primeros apóstoles que allí pondrán el pie. ¡Dichosos ellos! muchos pasajeros hay á bordo; hay ricos comerciantes, empleados del Gobierno, dignatarios de la Iglesia, militares de alta graduación, jóvenes en la flor de la vida, hombres en la cima de sus carreras; mas solo esos pobres hijos de San Francisco me causan envidia. ¡Dichosos y bien nacidos ellos! van á sembrar en un campo virgen la primera simiente del Evangelio, y á coger las primeras flores, para ofrecérselas á nuestro buen Dios y Señor, que, sin ellas saber nada, las tiene compradas con el precio de su misma sangre. ¡Qué contentos vuelan á la conquista de las almas! me recuerdan los segadores de mi tierra cuando, cantando, bajan con la hoz al hombro á segar á la marina, animados con la es-

peranza de una buena hacina; ó los jóvenes militares que he visto partir á la guerra soñando ya los laureles de la victoria. También ellos sueñan sus laureles y palmas, mas no se satisfacen con los de la tierra. Más ambiciosos que los empleados y comerciantes que les acompañan, no tienen bastante con un puñado de oro, anhelan ganancia infinita. ¡Con qué entusiasmo parten, sin saber dónde van, ni qué les espera! Van á cumplir la voluntad de Dios, y ¡qué les importa de la vida ó de la muerte! Si mueren allí, morirán como buenos soldados en el campo de batalla; si en el mar, ya tienen la fosa abierta y están con la mortaja puesta, pues los entierran con su mismo hábito y, mueran donde mueran, nada ha de dolerles, porque nada dejan en el mundo.

De la cámara del vapor, donde todos se han aposentado bien, han hecho una capilla, que por su sencillez débeles recordar la que dejaron en su convento.

En el humilde trono de rústico altar tienen un cuadro al óleo de su patrona, la Divina Pastora. Va vestida de azul como la reina del cielo, mas lleva el sombrero de palma adornado con un ramo de flores y en su diestra el cayado de pastora de las almas, que son sus místicas ovejas, á las cuales, para hacérseles más agradable, parecen haber tomado la zamarra de lana, Ella y su divino Hijo, que está sonriente sentado sobre su falda.

Fray Isidoro de Sevilla, predicando en Santa Marina de la misma ciudad, en 8 de Septiembre de 1703,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

adujo aquel hermoso versículo del Cántico de los Cánticos, 1-7: *Si ignoras te, ó pulcherrima intermulieres, egredere, et abi post vestigia gregum, et pasce hados tuos juxta tabernacula pastorum*. Habló, por primera vez en el mundo, de la Divina Pastora, y debió hacerlo en términos tan inspirados, que los sevillanos salieron del templo proclamándola á altas voces por las calles y plazas. La nueva advocación de la Virgen, no cabiendo en Andalucía, se extendió, como balsámico aroma, por Cataluña, Castilla, España y América, acompañando y haciendo dulces los trabajos apostólicos á los pobres capuchinos, que la habían tomado por Patrona de sus misiones. Ella, que les sigue amorosa á las Carolinas, haga todas aquellas almas, que no conocen á Dios, mansas ovejas de su rebaño.

8 Abril.

A las cinco de la mañana se divisaba la torre de Bourlog, hacia el medio de las anchas bocas del Nilo; tres horas después veíamos la de Damieta, que se levanta como de puntillas, sobre la costa, para alumbrar de muy lejos los barcos que hacia ella se dirigen. Solo vemos de la población los palos de los que alberga ya en su puerto y alguna vela latina que aletea á la entrada del gran río, entre la tierra y el mar. Con bastante trabajo descubrimos alguna playa á nivel de

las olas, desnuda de caseríos y de árboles. El mar en la grande extensión es verdoso y turbio por efecto de las aguas del Nilo, que nunca vienen enteramente claras, y del poco fondo del mar. Blancas y robustas gaviotas nos vienen á hablar de la tierra de Moysés, á la que nos acercamos á toda vela, y entretienen á los viajeros que la anhelan, no tanto por ser la de Moysés como por huir del balanceo de las olas, no siempre halagüeñas.

Port-Said, 9 Abril.

Si el Egipto es un don del Nilo, esta ciudad es la última muestra, pues acaba de nacer á la orilla de uno de sus brazos, aun cuando nada debe á su corriente, sino á la influencia del canal de Suez, del cual es ella quien tiene las llaves. La población antigua más que población, era una agrupación de miserables chozas, habitadas por los pescadores árabes; ahora es de los puertos del Mediterráneo que ven entrar banderas de más diferentes colores y una de las ciudades donde se oye más variedad de lenguajes. El pueblo habla árabe, la gente culta italiano ó francés; hay algunos ingleses y muchos griegos. Estos tienen un templo cismático y otro griego-unido. El sacerdote del segundo, como el del copto y maronita unidos, son súbditos del párroco católico, que es el simpático Guardián del convento de Franciscanos, donde nos hallamos hospedados.

La población mora está á cien pasos de la europea, mas sus usos y costumbres están á mil leguas, á pesar de los esfuerzos que hace el Gobierno egipcio por civilizarla, protegiendo nuestra santa religión, subvencionando sus ministros, estableciendo ferro-carriles y telégrafos, y haciendo adoptar á su ejército nuestras armas y uniformes. Las casas son de madera, desniveladas, torcidas, mal ventiladas y pequeñas, con rejas de confesonario á las ventanas y un *portier* corrido á la entrada para no dejar ver la suciedad interior, que no debe ser poca, á juzgar por el olor pestilencial que de ellas sale. Algunas, que tienen segundo piso, lo avanzan un par de pasos por encima de la calle, sosteniéndose con puntales ó vigas que tienen pretensiones de columnas. La escoba es un mueble desconocido dentro y fuera de las casas, y el agua que por todas partes les rodea y de que hacen frecuente uso, no les priva de ir sucios y de que lo esté todo cuanto tocan, sus vestidos, sus muebles, sus tiendas de víveres y de industria, sus calles y callejones, plazas y plazuelas en que se dividen sus laberínticos pueblos.

Los habitantes, por su alta y gallarda estatura, hánme recordado á los filisteos, vecinos no lejanos de estas tierras, y para no salir de la nuestra, los ampurdaneses, á quienes semejan por ser más altos que robustos, por su aire desenvuelto y por su lengua suelta y desligada. Pella, el historiador del Ampurdán, seguramente diría algo más. Los Felláhs ó labriegos

van vestidos de azul, color del agua que vierte la sazón y la vida en sus campos y del cielo que en ellos se refleja. (Después he visto que no es en honor del Nilo el vestirse de azul, pues es color muy usado en toda la Palestina y casi único en Samaria.) Las mujeres se cubren el rostro con una especie de careta formada por un velo negro, que les oculta la frente, y otro que les tapa la parte inferior de la cara, unidos con un cañón de oro ó de hojalata dorada con dos ó tres círculos, que feamente les cae como pequeño embudo encima de la nariz. Esto y el manto negro que llevan en la ciudad, les da más aire de fantasmas que de mujeres.

Todos los españoles que han estado en Port-Said conocen al señor Artola, único compatricio nuestro empleado en el Canal y uno de los antiguos de la empresa, pues no se ha movido desde el primer golpe de piqueta que allí se dió y, tal vez, el hombre que sabe mejor la historia; historia curiosa, dramática é interesante por demás, que tiene ya escrita y que, según entendimos, no tardará ya mucho en dar á la estampa. El, con una amabilidad toda española, nos ha enseñado los almacenes de la Empresa que están á su cargo, donde hay depositados diez mil objetos, de hierro, madera, cáñamos, etc., que se necesitan ó pueden necesitarse en la obra inmensa del Canal.

En el taller que está adjunto, trabajan 500 operarios; sus máquinas son de gran fuerza y de las últimas invenciones, destinadas todas á recomponer y

construir las dragas y vaporcitos, á reparar los vapores que salen y se escalonan cada día; los cuales en vano buscarían reparación desde Hong-Kong á Liverpool. Aquello es una colmena de abejas de Europa en el interior del desierto de Africa.

La draga principal, única en su género, es una maravilla. Lanza el agua terrosa, la arena y el fango 80 metros lejos. Está iluminada por tres faros eléctricos, para que pueda trabajar tanto de noche como de día, y es toda de hierro y como hecha de una sola pieza. Vista de alguna distancia y á la última luz del día, paréceme un monstruoso pelicano moviendo su enorme pico á una y otra banda de sus arenosas orillas. Esta ave mística y extraña, que veo aquí en Egipto por vez primera, ha hecho brotar esta comparación de mi pluma.

Hacia Jaffa, 11 Abril.

Decididamente el Patriarca San Francisco, amigo de los peregrinos, quiere acompañarnos á la Tierra Santa, de la que es digno y providencial guardador. Entrando en Port-Said despidiéronsenos los doce simpáticos Padres Capuchinos que vuelan á la conquista espiritual de las Carolinas; al partir, en el vapor de las Mensagerías Francesas, nos da también el «Dios os guarde» otro hijo de San Francisco, más elevado en la gerarquía de la Orden, el sabio, humilde, piadoso

y amabilísimo P. Farnesin, visitador de los conventos de Palestina. Le acompaña el venerable Fray Buccelli, conocido por su elocuencia y sus escritos. Venía abatido por una larga y penosa enfermedad y, lleno de fe, aconhortábase en medio del mar, con aquellas misteriosas palabras del Salmo 64: *Spes omnium finium terræ, et in mari longé,* que desmenuzaba sabiamente, encontrando una gota de miel para su tribulación, cuando á lo lejos se vieron azulear las cimas de la anhelada tierra. *Montana Judeæ,* exclamó él, que nos hablaba en latín, señalándonoslas á la vez con el dedo.

Bajo un velo de tristes brumas que sienta muy bien á aquella tierra viuda y desolada, se nos aparece, con las primeras luces del día, la tierra prometida de Moysés, la patria del Mesías esperado y deseado por todos los pueblos, y ¡ay! solamente aquí desconocido y desechado; ¡la tierra predilecta del Altísimo! que ingrata, pagóle tanto y tan incomprensible amor con una corona de espinas y una cruz. Me agrada ver envuelta en nieblas la tierra deicida; frente, á la cual, habiendo conocido á Jesucristo, y dejádole por Mahoma, verdaderamente sienta bien un negro turbante de nubes. Mas no tarda en rasgarse la niebla retirándose en forma de negros girones que van emblanqueciéndose y disminuyendo al beso de fuego del sol de Palestina.

Jaffa, 12 Abril.

Tan pronto como echamos las áncoras al fondo, los barqueros moros, gritando, baladreando y moviendo sus brazos, como si viniesen al abordaje, asaltan el vapor por los dos costados; cojen los fardos y maletas que encuentran, tirando cada uno de cada cosa y tomándoselas de las manos como cosa propia. El derecho que se han formado sobre el bagaje hácenlo extensivo al pobre viajero, disputándoselo y estirándolo uno por cada brazo, hacia sus barcas, con un ruído y gritería que ensordecen.

La buena suerte de navegar con el P. Visitador, y su grande amabilidad, hacen que tengamos sitio en la barca del convento, con tan buena compañía y la de dos PP. españoles, que vienen á buscarle al convento. Les acompañan dos genízaros, ó soldados turcos, que están al servicio de los dos conventos de Jaffa y de Jerusalem. Van vestidos de azul con ribete blanco, armados de su alfange y de su alto bastón con porra de plata cincelada, con que delante de la comitiva hieren las losas de la calle y las escaleras del convento á la manera de las gentes de armas que figuran en nuestras solemnes procesiones de viernes Santo.

El convento, sobre cuya puerta se lee *Hospitium latinum PP. Franciscanorum Terræ Sanctæ,* es un símil de la villa, por sus subidas y bajadas, escaleras, corredores y tejados, que domina aquel puerto

lleno de escollos y aquel mar, azul como su cielo, que acaba de lanzarnos á tan encantadora playa.

El templo no tiene nada de monumental; mas, según dicen, está hecho de piedras del palacio de Herodes de Cesárea. Los ornamentos nos han hecho dudar de si estábamos en España. En el palio del altar mayor, que debe ser regalo de algún catalán, léese el nombre de Barcelona; las casullas, dalmáticas y ropa blanca son españolas, como las de gran parte de los santuarios de Tierra Santa.

En la portada del convento se ven también las armas de España, pero lo más español de la casa son los tres padres, Benito, Buenaventura y el Presidente, Casto Amado, simpático hijo de la Rioja, que habiendo servido ocho años al rey, en tiempo de Espartero, vino á servir á Dios en mejor milicia, rigiendo, hace veinte años, este convento, umbral de nuestra santa Iglesia en Palestina. Su carácter responde á su nombre de Amado, pues es el hombre más amable del mundo, y quien ama es amado. En este puerto se embarcó la Virgen yendo á Éfeso, según la venerable Agreda; 800 años antes ya se había embarcado en él Jonás, que huía de las desobediencias del Señor, por encontrar pesada para sus espaldas la misión de profeta.

Los jardines de Jaffa, que tales son sus alrededores, están verdes y ufanosos como la huerta de Valencia. Verdean los naranjos y limoneros, cargados de flores de plata y frutas de oro; las moreras al lado de los cactos y el granado que con su encarnada flor re-

cuerda la de la amapola, la flor catalana, que me gusta ver entreabierta aquí en Oriente, cuando en nuestro país aún está en capullo.

13 Abril.

A media tarde salimos de Jaffa, atravesando sus verjeles, verdadero Oasis de Palestina. A 15 minutos de camino se encuentra una fuente, al norte de la cual, á doscientos pasos, existe un cementerio abandonado, donde se cree que estaba la casa de Tabitta, resucitada por San Pedro. Allí se dirige el pueblo en romería todos los años el cuarto domingo después de Pascua.

Entramos en la inmensa llanura de Saron, celebrada en el Cántico de los Cánticos; hállase extendida entre las montañas de Judea, el Carmelo y las blanquecinas y tristes dunas de la playa. En esa llanura Sansón incendió las mieses de los filisteos, cuyo país tenemos á mano derecha. Esas montañas viéronle triunfante y al día siguiente vergonzosamente prisionero en brazos de una mujer enemiga de su patria.

La hierba y el trigo verdean lozanamente en toda la comarca y entre ellos amarillea alguna flor que engalana también los campos de la costa catalana. Alguna cenicienta olivera perdida aquí y allá, y á escepción de algún árbol que no conozco, semejante al pino, ningún otro se descubre. Hé aquí lo

que resta de la hermosura de Saron que recuerda Isaías: *Decor Carmeli et Saron.*

Lo primero que se vé del pueblo de Ramleh, la antigua Arimathea, es la Torre de los Cuarenta Mártires. La casa de Nicodemus está convertida en capilla del templo de los PP. Franciscanos, donde he tenido la dicha de celebrar la misa. Casi todos los frailes del convento son españoles: los que no lo son, y sus sirvientes, hasta un gigantesco negro venido de la Nubia, hablan en castellano.

Desde Ramleh, donde llegamos á media tarde, fuimos á visitar á Lydda, con la buena compañía del P. Abugo, Secretario de la Custodia (hoy Custodio de Tierra Santa). A mitad del camino, bajo de un roble, vimos una familia de leprosos, que á grandes y lastimosos gritos nos pedían limosna. ¡Qué espectáculo! Ese mal terrible, desconocido entre nosotros, les vá royendo poco á poco la piel, los huesos y articulaciones, y les vá mutilando horriblemente y á cada cual de su manera. ¡Pobres! y con bastante dificultad saben el nombre de Jesucristo, el hijo de Dios, que nacido en su propio país, con una sola palabra curaba los leprosos de su tiempo.

Lydda, patria y lugar donde, según la tradición, fué martirizado San Jorje, por Diocleciano, guardó mucho tiempo sus reliquias en un templo caído y levantado de sus ruínas dos ó tres veces. El actual tiene los tres ábsides y grandes fragmentos del antiguo y está reconstruído por los griegos cismáticos

que lo poseen. Acompañado por un *pope* á la cripta, que es donde nació, he orado con todo el afecto de mi alma por Cataluña, tierra querida de la que es patrono; por mi pueblo, donde tiene una de sus pocas ermitas, en la que celebré, acompañado de mis padres y hermanos, que ya no tengo en la tierra, mi primer misa. ¡Que el soldado glorioso de la fé toque el corazón de los guardianes de su cuna, los cuales á la sombra de la heregía duermen el sueño de la muerte!

Camino de Jerusalem.

13 de Abril.

Amoás. Restan de esta ciudad, la antigua Emmaüs, las ruínas de un gran templo dedicado á los siete hermanos Macabeos, y aquí fué donde Judas ganó la célebre batalla á Georgias, general de Antiochus.

El ábside es redondo por dentro y cuadrado por fuera, y compuesto de enormes piedras, algunas de ellas de tres metros de largo.

Latrun, pueblo vecino de Amoás, con quien, según Fray Lievin, formaban la ciudad de Nicópolis, recuerda con su nombre una tradición notable. La Sagrada

Familia cayó en este lugar en manos de una cuadrilla de ladrones. La esposa del jefe de la cuadrilla sintióse conmovida á la vista del Niño Jesús y pidió á la Virgen que en el agua donde lo bañase dejase bañar un hijo suyo leproso. Bañóle y quedó curado de la lepra del cuerpo, como más tarde con una palabra de Jesús, fué curado de la lepra del alma, ya que aquel niño fué Dimas el buen ladrón.

Lecanú cree que esto sucedió viniendo de Egipto la Sagrada Familia, de donde, según él prueba, volvieron por mar, desembarcando en Ascalon ó Jamnia. Así se explicarían las tradiciones de su pasaje por Satrun, Ramlch y Carmelo; difícil es de conciliar de otra manera.

Aquí dimos el adiós á la abierta y hermosa llanura de Saron, y empezamos á subir las montañas de Judea, digna escalinata de la ciudad santa de Jerusalem.

En el valle del Teberinto, orillas del torrente abajo, donde David cogió las cinco piedras lanzadas con la honda á la frente de Goliat, delante de una posada esperan al P. Visitador, un representante del Cónsul francés y otro del austriaco, acompañados de sus respectivos genízaros. Ellos, el dragman y los genízaros de los conventos de Jaffa y San Salvador, montan á caballo y colócanse tres por banda, delante de la carroza del P. Visitador.

Atravesamos el torrente seco del Teberinto y los cenicientos parajes de este estrecho y ruinoso valle,

trepamos á las montañas que le encajan por el otro lado, y al cabo de un rato de subir y bajar por sus asperezas, se nos apareció de súbito la Ciudad Santa, que me impiden ver las lágrimas. *Stantes erant pedes nostri in atriis tuis, Jerusalem.* Bajando del caballo, nos descubrimos y rezamos devotamente el salmo: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.* Heme alegrado de las palabras que se me han dicho: iremos á la casa del Señor.—Siempre me ha producido impresión este salmo de sentido misterioso y doble, mas nunca como aquí donde fué dictado. Aquí las frases que hacen referencia á los atrios de Jerusalem, á las tribus que aquí han subido, á la paz y *abundantia in terribus ejus,* no se pueden pronunciar sin que se llore; mucho más para quien, iluminado por la fe, sobre las torres y muros de esta ciudad, aún hermosa en su desolación, allá arriba entre esas blancas nubes, del azul del cielo ve descender la *nueva* y *resplandeciente Jerusalem* de que nos habla el capítulo XXI del Apocalipsis. Dios mío, gracias infinitas por haberme permitido ver la de la tierra, mas no es éste, nó, el fin de mi viaje; cuando llegue mi hora postrera, cuando fortalecida por el alimento de los ángeles mi alma pecadora vaya á abrir las alas, permitidme entonar por segunda vez ese divino cántico, que tantas almas puras ha acompañado en su vuelo á la celestial Jerusalem.

En el cuartel de la puerta de Jaffa los soldados

turcos presentan las armas al P. Visitador; el pueblo se agrupa en todas partes para verle pasar, y no obstante ser la mayor parte de la gente de diversa religión, le saludan con respeto.

A la entrada de San Salvador le esperan los Padres Franciscanos á la puerta, precedidos de la cruz alta y tres sacerdotes con capa pluvial. Le incensaron y, entonando el Te-Deum, acompañáronle al altar mayor. Después de orar siéntase en humilde trono á la derecha del altar. El P. Custodio y todos los frailes del convento han ido á besarle la mano humildemente y él á los ordenados de presbiterado les ha devuelto afectuosamente el beso en la mejilla. Este es el primer ejército franciscano que he visto pasar ante mis ojos; son una cincuentena, los más del Mediodía de Europa, donde tienen un hogar querido, padres ó hermanos, que han dejado por seguir al Patriarca de los pobres; algunos han encanecido y enfermado, luchando bajo su glorioso pendón, entre enemigos terribles y en un clima devorador; mas ellos guardan á la Iglesia, hace seiscientos años, el sepulcro de Jesucristo.

Hacia el Jordán.

14 de Abril.

Llegamos ayer noche á Jerusalem y salimos hoy temprano, habiendo visto solamente la calle de entrada y la de salida, y el claro y espacioso templo de San Salvador, donde hemos celebrado misa. Al entrar al convento estábase organizando una caravana al Jordán y nos alistamos, preveyendo que si dejábamos escapar aquella ocasión, seguro que no volvería ya á presentársenos.

Bethania es la primera población que encontramos al perder de vista la Ciudad Santa. Rodeadas de higueras y oliveras se ven una veintena de casas, entre las cuales se enseñan las ruínas de las de Simón el Leproso y Lázaro. En ésta, Jesucristo fué acogido muchas veces por Marta y María, y en ella pronunció aquella palabra que es un resumen del Evangelio: *Una sola cosa es necesaria.*

La tumba de Lázaro es el principal monumento de Bethania. Se baja por una escalerilla de unos veinte peldaños y un vestíbulo de cuatro pasos de largo y poco menos de ancho; allí estaba la losa sepulcral, que Jesús mandó quitar antes de gritar con fuerte voz: *Lázaro, sal afuera.*

Un poco más abajo de Bethania se encuentra una roca donde María y Marta salieron al oncuentro de Jesús, que iba á ver á su hermano difunto. *Si hubieseis estado aquí*, le dijeron, *nuestro hermano no hubiera muerto*. Mandó que le acompañasen delante de la tumba y allí *lloró*. «Jamás, exclama un autor, fué Dios más hombre que llorando sobre el sepulcro de su amigo: jamás el hombre fué más Dios que arrancando esa víctima á la muerte.»

No tardamos á encontrar al pie del camino bajo una roca cortada á escuadra, el Campo de la Higuera maldita. Saliendo de Bethania, Jesús, sintiendo ganas de comer, acercóse, y no encontrando más que hojas, la maldijo. Al día siguiente, pasando por allí con sus discípulos, díjole San Pedro: *Maestro, mirad cómo se ha secado la higuera que maldijisteis ayer.*

A la derecha del camino se ve en una cima el sitio donde David, fugitivo, fué maldecido por Semei.

La *Fuente de los Apóstoles* está en el fondo del valle del Sol, nombre que le cuadra perfectamente, pues no recuerdo haberlo sentido con tanto ardor, como allí, en toda mi vida.

Aquí es donde el Salvador puso la escena de la parábola del buen samaritano. En todos esos valles, collados y montañas no se ve un árbol, ni una planta, ni un brote de tomillo; la poca hierba que hay está sin verdor, agostada y como quemada por el sol.

En la vertiente de Jericó comenzamos á encontrar alguna mata de farolillo y de retoños extraños para

nosotros; mas las rocas que hasta ahora veíamos ó adivinábamos escondidas bajo una capa de tierra, salen como huesos á través de la piel.

De pronto las montañas más atormentadas y abruptas se separan, y desde un collado vemos con toda su magestuosa anchura el llano de Jericó, hermoso, verde y lleno de árboles, entre las montañas de Moab y las de Judea.

La fuente de Eliseo está á este lado de la llanura, regándola amorosamente y adornándola de una gran faja de verdor. Más que una fuente es un torrente que impetuoso brota de la tierra; sus aguas, que eran amargas, fueron dulcificadas por el profeta Eliseo, que en ella echó un vaso de sal, diciendo en nombre de Jehovah: «Yo he purificado esa agua y la muerte y la esterilidad no saldrán ya más de ella.»

Al O. de la fuente hay una montañita, formada por las ruínas de la antigua Jericó.

Desde allí nos dirigimos á la montaña de la Cuarentena, de enhiesta y áspera subida. Oramos en la cueva donde oró Jesucristo por espacio de cuarenta días, y después espaciamos la vista desde aquel balcón de roca, que produce en la cabeza el vértigo. El panorama es inmenso y de un género á que los occidentales no estamos acostumbrados. Las rocas del alrededor están huecas, y en esas cuevas vivían, según San Gerónimo, siete vírgenes, cada cual en la suya. Cuando moría una de ellas tapiaban su celda, que le

servía de tumba, y abrían una nueva cueva para otra vírgen.

Cósroes puso en manos de estas vírgenes la palma del martirio.

Una bandada de palomos del bosque que pasaba por delante de ese extraño asceterio, me ha hecho recordar el blanco grupo de sus almas al levantar el vuelo con sus palmas y lirios del paraíso.

El amable solitario griego que vive en la cueva consagrada por Jesucristo, convertida hace muchos siglos en santuario, no tiene otra compañía que la de algún manso mirlo, que vuela desde San Sabas, como para llevarle nuevas de sus compañeros de vida eremítica.

Jericó, la ciudad de las palmas, la que Josué hizo caer después de haberla rodeado siete veces al són de las trompetas, pronunciando después esta terrible maldición: «Maldito sea delante del Señor el hombre que vuelva á edificar esta ciudad,» no ha vuelto á levantarse más. No hace mucho hemos encontrado su cadáver, ó mejor dicho, el polvo de su cadáver mal amontonado al pié de la montaña de la Cuarentena. Sus bosques de caña de azúcar y de palmeras, sus balsaminas, y su Rosa por las divinas letras celebrada, se han secado, y aquellos antiguos jardines se han convertido en un desierto, bien que no tan árido como el resto de Palestina, por hallarse entre el Jordán y la fuente de Eliseo.

La Jericó de hoy está situada á dos horas de la